

**EDITADO POR  
PRENSA ESPAÑOLA,  
SOCIEDAD ANONIMA  
26 DE ENERO 1989**

# ABC

**REDACCION, ADMINIS-  
TRACION Y TALLERES:  
CARDENAL ILUNDAIN, 9  
41013 - SEVILLA**

FUNDADO EN 1905 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

## HACE unos meses escribí un artículo acerca de **SOBRE «LAS EDADES DEL HOMBRE»**

la llamada cultura popular sobre el gran número de organismos, públicos y privados, que hoy aspiran a ilustrarnos, y de su desconexión entre sí, de la falta de un plan general para abordar tan noble empeño. Tengo mis razones para creer que no fui entendido.

Hoy vuelvo sobre el problema ante el temor de que alguien siga creyendo que eliminar el analfabetismo consiste en enseñar a leer al que no sabe, cuando esto no es sino el inicio del camino, ya que la verdadera erradicación del analfabetismo no se produce mientras no se despierte en el iniciado el deseo de leer, para acceder a algún tipo de conocimiento. Con la cultura en general ocurre otro tanto. Bombardear al pueblo llano con congresos, conferencias o semanas sobre temas más o menos crípticos es perder el tiempo. Por este camino se enriquece al letrado, pero no se atrae al iletrado, fin, este último, que debe ser el objetivo de todo esfuerzo por popularizar la cultura. Despertar la necesidad de saber debe ser el primer paso de todo proceso didáctico.

La abundancia de focos culturales que hoy se observa en España no creo que haya redundado en un renacimiento de las artes y las letras. Es más, observo que estas instituciones, antes que a enseñar al que no sabe, aspiran a hacerse notar, a imprimir a su quehacer la propia huella. Ayudar a crecer, desarrollar lo que otro ha sembrado, completar de algún modo la labor ajena, no resulta atractivo para nadie. Y, en definitiva, el que se resiente de estas actitudes egoístas es el pueblo al que se pretende ilustrar. Entre las tareas de academias, ateneos, aulas, casas y departamentos de cultura, sean privados o públicos, debería existir una mínima coordinación a fin de que el dinero que se emplea en ellos no se pierda a iniciativas dispares, sino que responda a un proceso de

iluminaciones sucesivas y complementarias.

Me asaltan estas reflexiones ante el riesgo de que la magna exposición de iconografía religiosa que, con el título ambiguo de «Las edades del hombre», se abrió hace unas semanas en la catedral de Valladolid, tenga que clausurarse prematuramente por falta de medios para sostenerla. He aquí una prueba de la incoherencia de nuestros proyectos culturales.

El certamen a que aludo, que recoge parte importante del legado de la plástica religiosa castellano-leonesa desde el románico al barroco, es un fenómeno excepcional en nuestra región, nada proclive a actividades organizadoras, pero que en esta ocasión, de la mano de un coordinador general inteligente y abnegado, ha dado en la diana. Más de doscientas mil personas han recorrido la exposición durante las ocho primeras semanas, y este eco popular multitudinario se corresponde con los juicios de rigurosos intelectuales y visitantes extranjeros.

El embajador de Austria resumía su impresión, al concluir el recorrido, en una frase terminante («Una exposición fantástica, impresionante»), que R. P. Joscelyne, director general de «The British Council», apuntalaba con este

emocionado comentario: «Una maravillosa experiencia.» Y es

precisamente ahora cuando, pese al duro clima de la meseta, los españoles se vuelcan en la catedral de Valladolid, y centenares de alumnos de colegios e institutos forman largas colas a sus puertas, y la noticia se extiende por la vieja Europa, y el continente se apresta a visitar Castilla, cuando se confirma la decisión de clausurarla. ¿Se piensa, acaso, que ya ha cumplido su misión? Tres años de esfuerzos, una organización impecable, los gastos consiguientes, el difícil acuerdo de once diócesis y centenares de parroquias de Castilla y León, la posibilidad única —por poner un solo ejemplo— de contemplar junto al Greco y Berruguete esa anónima y conmovedora talla de la Virgen con San Juan del Museo de León, las expectativas creadas no se compaginan con este final precipitado. He aquí una exposición con entidad para erigirse en museo permanente, pero, ya que esto no es posible, facilitemos una exhibición prolongada que no mida su tiempo por meses, sino por años.

Hoy que la palabra cultura está en todas las bocas y que centenares de instituciones, desde el ministerio al último ateneo, se reparten el privilegio de administrarla, y los templos del dinero dedican una parte de sus beneficios a fines sociales, no resulta coherente que una muestra como «Las edades del hombre», que ha despertado una viva emoción estética a todos los niveles, muera por insuficiencia de medios para sostenerla. Su prematura desaparición representaría, en cierto modo, un fracaso cultural del que, de alguna manera, seríamos responsables todos los españoles.

**Miguel DELIBES**  
de la Real Academia Española

**ABC**  
EDICION INTERNACIONAL

Para hacer llegar sus mensajes comerciales a todo el mundo.

